

Los españoles hechos hazañosos  
El error confirmaban de inmortales,  
Afirmando los mas supersticiosos  
Por los presentes los futuros males:  
Y así tibios, suspensos y dudosos,  
Viendo de su opresion claras señales,  
Debajo de hermandad y fe jurada  
Dió Arauco la obediencia jamás dada.

Dejando allí el seguro suficiente,  
Adelante los nuestros caminaron;  
Pero todas las tierras llanamente,  
Viendo á Arauco sujeta, se entregaron;  
Y reduciendo á su opinion gran gente,  
Siete ciudades prósperas fundaron,  
Coquimbo, Penco, Angol y Santiago,  
La Imperial, Villarica y la del Lago.

El felice suceso, la vitoria,  
La fama y posesiones que adquirian  
Los trajo á tal soberbia y vanagloria,  
Que en mil leguas diez hombres no cabian;  
Sin pasarles jamás por la memoria,  
Que en siete piés de tierra al fin habian  
De venir á caber sus hinchazones,  
Su gloria vana y vanas pretensiones.

Crecian los intereses y malicia  
A costa del sudor y daño ajeno,  
Y la hambrienta y misera codicia  
Con libertad paciendo iba sin freno:  
La ley, derecho, el fuero y la justicia  
Era lo que Valdivia habia por bueno,  
Remiso en graves culpas y piadoso,  
Y en los casos livianos riguroso.

Así el ingrato pueblo castellano  
En mal y estimación iba creciendo,  
Y siguiendo el soberbio intento vano  
Tras su fortuna próspera corriendo;  
Pero el Padre del cielo soberano  
Atajó este camino, permitiendo  
Que aquel á quien él mismo puso el yugo,  
Fuese el cuchillo y áspero verdugo.

El estado araucano acostumbrado  
A dar leyes, mandar y ser temido,  
Viéndose de su trono derribado,  
Y de mortales hombres oprimido;  
De adquirir libertad determinado  
Reprobando el subsidio padecido,  
Acude al ejercicio de la espada  
Ya por la paz ociosa desusada.

Dieron señal primero y nuevo tiento,  
Por ver con qué rigor se tomaria,  
En dos soldados nuestros, que á torman to  
Mataron sin razon y causa un dia:  
Disimulóse aquel atrevimiento,  
Y con esto crecióse la osadía;  
No aguardando á mas tiempo, abiertamente  
Comienzan á llamar y juntar gente.

Principio fué del daño no pensado  
El no tomar Valdivia presta enmienda  
Con ejemplar castigo del estado;  
Pero nadie castiga en su hacienda.  
El pueblo sin temor, desvergonzado,  
Con nueva libertad rompe la rienda  
Del homenaje hecho y la promesa,  
Como el segundo canto aquí lo espresa.



## CANTO II

Pónese la discordia que entre los caciques de Arauco hubo sobre la elección de capitán general, y el medio que se tomó por el consejo del cacique Colocolo, con la entrada que por engaño los bárbaros hicieron en la casa fuerte de Tucapel, y la batalla que con los españoles tuvieron.

Muchos hay en el mundo que han llegado  
A la engañosa alteza desta vida,  
Que fortuna los ha siempre ayudado,  
Y dádoles la mano á la subida;  
Para después de haberlos levantado  
Derribarlos con misera caída,  
Cuando es mayor el golpe y sentimiento,  
Y menos el pensar que hay mudamiento.

No entienden con la próspera bonanza  
Que el contento es principio de tristeza,  
No miran en la súbita mudanza  
Del consumidor tiempo y su presteza;  
Mas con altiva y vana confianza  
Quieren que en su fortuna haya firmeza,  
La cual de su aspereza no olvidada  
Revuelve con la vuelta acostumbrada.

Con un revés de todo se desquita,  
Que no quiere que nadie se le atreva;  
Y mucho mas que da siempre les quita,  
No perdonando cosa vieja y nueva:  
De crédito y de honor los necesita;  
Que en el fin de la vida está la prueba,  
Por el cual han de ser todos juzgados,  
Aunque lleven principios acertados.

Del bien perdido al cabo ¿qué nos queda,  
Sino pena, dolor y pesadumbre?  
Pensar que en él fortuna ha de estar queda  
Antes dejará el sol de darnos lumbre:  
Que no es su condicion fijar la rueda,  
Y es malo de mudar vieja costumbre,  
El mas seguro bien de la fortuna  
Es no haberla tenido vez alguna.

Esto verse podrá por esta historia,  
Ejemplo dello aquí puede sacarse,  
Que no bastó riqueza, honor y gloria,  
Con todo el bien que puede desearse,  
A llevar adelante la vitoria;  
Que el claro cielo al fin vino á turbarse,  
Mudando la fortuna en triste estado  
El curso y orden próspera del hado.

La gente nuestra ingrata se hallaba  
En la prosperidad que arriba cuento,  
Y en otro mayor bien que me olvidaba,  
Hallado en pocas casas, que es contento:  
De tal manera en él se descuidaba,  
Cierta señal de triste acacimiento,  
Que en una hora perdió el honor y estado,  
Que en mil años de afán había ganado.

Por dioses, como dije, eran tenidos  
De los indios los nuestros; pero olieron  
Que de mujer y hombre eran nacidos,  
Y todas sus flaquezas entendieron:  
Viéndolos á miserias sometidos  
El error ignorante conocieron,  
Ardiendo en viva rabia avergonzados  
Por verse de mortales conquistados.

No queriendo á mas plazo diferirlo,  
Entre ellos comenzó luego á tratarse,  
Que para en breve tiempo concluirlo,  
Y dar el modo y orden de vengarse,  
Se junten á consulta á definirlo;  
Do venga la sentencia á pronunciarse  
Dura, ejemplar, cruel, irrevocable,  
Horrenda á todo el mundo y espantable.

Iban ya los caciques ocupando  
Los campos con la gente que marchaba;  
Y no fué menester general bando,  
Que el deseo de la guerra los llamaba  
Sin promesas, ni pagas, deseando  
El esperado tiempo que tardaba  
Para el decreto y áspero castigo  
Con muerte y destruicion del enemigo.

De algunos que en la junta se hallaron  
Es bien que haya memoria de sus nombres,  
Que siendo incultos bárbaros ganaron  
Con no poca razon claros renombres:  
Pues en tan breve término alcanzaron  
Grandes vitorias de notables hombres,  
Que dellas darán fe los que vivieren,  
Y los muertos allá donde estuvieren.

Tucapel se llamaba aquel primero  
Que al plazo señalado habia venido:  
Este fué de cristianos carnicero,  
Siempre en su enemistad endurecido;  
Tiene tres mil vasallos el guerrero—  
De todos como rey obedecido.  
Ongol luego llegó, mozo valiente,  
Gobierna cuatro mil, lucida gente.

Cayocupil, cacique bullicioso,  
No fué el postrero que dejó su tierra,  
Que allí llegó el tercero, deseoso  
De hacer á todo el mundo él solo guerra:  
Tres mil vasallos tiene este famoso  
Usados tras las fieras en la sierra.  
Millarapué, aunque viejo, el cuarto vino,  
Que cinco mil gobierna de continuo.

Paicabí se juntó aquel mismo día,  
Tres mil diestros soldados señorea;  
No lejos Lemolemo dél venia,  
Que tiene seis mil hombres de pelea.  
Mareguano, Gualemo y Lebopía  
Se dan priesa á llegar, porque se vea  
Que quieren ser en todo los primeros:  
Gobiernan estos tres tres mil guerreros.

No se tardó en venir pues Elicúra,  
Que al tiempo y plazo puesto habia llegado,  
De gran cuerpo, robusto en la hechura,  
Por uno de los fuertes reputado:  
Dice, que ser sujeto es gran locura  
Quien seis mil hombres tiene á su mandado.  
Luego llegó el anciano Colocolo,  
Otros tantos y mas rige este solo.

Tras este á la consulta Ongolmo viene,  
Que cuatro mil guerreros gobernaba.  
Purén en arribar no se detiene,  
Seis mil súbditos este administraba;  
Pasados de seis mil Lincoya tiene,  
Que bravo y orgulloso ya llegaba,  
Diestro, gallardo, fiero en el semblante,  
De proporcion y altura de gigante.

Peteguelén, cacique señalado,  
Que el gran valle de Arauco le obedece  
Por natural señor, y así el estado  
Este nombre tomó segun parece,  
Como Venecia pueblo libertado  
Que en todo aquel gobierno mas florece  
Tomando el nombre dél la señoría,  
Así guarda el estado el nombre hoy día.

Este no se halló personalmente  
Por estar impedido de cristianos;  
Pero de seis mil hombres que él valiente  
Gobierna, naturales araucanos,  
Acudió desmandada alguna gente  
A ver si es menester mandar las manos.  
Caupolicán el fuerte no venia,  
Que toda Pilmaiquén le obedecia.

Tomé y Andalicán también vinieron,  
Que eran del araucano regimiento,  
Y otros muchos caciques acudieron,  
Que por no ser prolijo no los cuento.  
Todos con leda faz se recibieron  
Mostrando en verse juntos gran contento:  
Después de razonar en su venida  
Se comenzó la espléndida comida.

Al tiempo que el beber furioso andaba,  
Y mal de las tinajas el partido,  
De palabra en palabra se llegaba  
A encenderse entre todos gran ruido:  
La razon uno de otro no escuchaba;  
Sabida la ocasión do habia nacido,  
Vino sobre cuál era el mas valiente  
Y digno del gobierno de la gente.

Así creció el furor, que derribando  
Las mesas de manjares ocupadas,  
Aguijan á las armas, desgajando  
Las ramas al depósito obligadas;  
Y dellas se aperciben, no cesando  
Palabras peligrosas y pesadas,  
Que atizaban la cólera encendida  
Con el calor del vino y la comida.

El audaz Tucapel claro decia  
Que el cargo de mandar le pertenece,  
Pues todo el universo conocia  
Que si va por valor, que lo merece:  
«Ninguno se me iguala en valentía,  
De mostrarlo estoy presto si se ofrece,  
Añade el jactancioso, á quien quisiere;  
Y á aquel que esta razón contradijere...»

Sin dejarle acabar, dijo Elicúra:  
«A mi es dado el gobierno desta danza,  
Y el simple que intentare otra locura  
Ha de probar el hierro de mi lanza.»  
Ongolmo, que el primero ser procura,  
Dice: «Yo no he perdido la esperanza  
En tanto que este brazo sustentare,  
Y con él la ferrada gobernare.»

De cólera Lincoya y rabia insano  
Responde: «Tratar deso es devaneo,  
Que ser señor del mundo es en mi mano  
Si en ella libre este baston poseo.»—  
«Ninguno, dice Angol, será tan vano,  
Que ponga en igualárseme el deseo;  
Pues es mas el temor que pasaria,  
Que la gloria que el hecho le daría.»

Cayocupi furioso y arrogante  
La maza esgrime haciéndose á lo largo,  
Diciendo: «Yo veré quien es bastante  
A dar de lo que ha dicho mas descargo;  
Hacéos los pretensores adelante,  
Veremos de cuál dellos es el cargo;  
Que de probar aquí luego me ofrezco,  
Que mas que todos juntos le merezco.»—

«Alto, sus, que yo acepto el desafío,  
Responde Lemolemo, y tengo en nada  
Poner á nueva prueba lo que es mio,  
Que mas quiero librarlo por la espada:  
Mostraré ser verdad lo que porfio  
A dos, á cuatro, á seis en la estacada;  
Y si todos cuestion quereis conmigo,  
Os haré manifiesto lo que digo.»

Purén que estaba aparte, habiendo oido  
La plática enconosa y rumor grande,  
Diciendo, en medio dellos se ha metido,  
Que nadie en su presencia se desmande:  
«¿Quién á imaginar es atrevido,  
Que donde está Purén mas otro mande?»  
La grita y el furor se multiplica,  
Quién esgrime la maza, y quién la pica.

Tomé y otros caciques se metieron  
En medio destes bárbaros de presto,  
Y con dificultad los departieron,  
Que no hicieron poco en hacer esto:  
De herirse lugar aun no tuvieron,  
Y en voz airada, ya el temor pospuesto,  
Colocolo, el cacique mas anciano,  
A razonar así tomó la mano.

«Caciques, del estado defensores,  
Codicia del mandar no me convida  
A pesarme de veros pretendores  
De cosa que á mi tanto era debida;  
Porque segun mi edad, ya veis, señores,  
Que estoy al otro mundo de partida;  
Mas el amor que siempre os he mostrado  
A bien aconsejaros me ha incitado.

«¿Por qué cargos honrosos pretendemos  
Y ser en opinion grande tenidos,  
Pues que negar al mundo no podemos  
Haber sido sujetos y vencidos?  
Y en esto averiguarnos no queremos  
Estando aun de españoles oprimidos:  
Mejor fuera esta furia ejecutalla  
Contra el fiero enemigo en la batalla.

»¿Qué furor es el vuestro, ó araucanos,  
Que á perdición os lleva sin sentillo?  
¿Contra nuestras entrañas teneis manos,  
Y no contra el tirano en resistillo?  
Teniendo tan á golpe á los cristianos,  
¿Volveis contra vosotros el cuchillo?  
Si gana de morir os ha movido,  
No sea en tan bajo estado y abatido.

»Volved las armas y ánimo furioso  
A los pechos de aquellos que os han puesto  
En dura sujecion con afrentoso  
Partido, á todo el mundo manifiesto;  
Lanzad de vos el yugo vergonzoso;  
Mostrad vuestro valor y fuerza en esto:  
No derrameis la sangre del estado,  
Que para redimir nos ha quedado.

»No me pesa de ver la lozanía  
De vuestro corazon, antes me esfuerza;  
Mas temo que esta vuestra valentía  
Por mal gobierno el buen camino tuerza;  
Que vuelta entre nosotros la porfia,  
Degolleis vuestra patria con su fuerza,  
Cortad pues, si ha de ser desa manera,  
Esta vieja garganta la primera.

»Que esta flaca persona atormentada  
De golpes de fortuna, no procura  
Sino el agudo filo de una espada,  
Pues no la acaba tanta desventura:  
Aquella vida es bien afortunada,  
Que la temprana muerte la asegura;  
Pero á nuestro bien público atendiendo,  
Quiero decir en esto lo que entiendo.

»Pares sois en valor y fortaleza,  
El cielo os igualó en el nacimiento,  
De linaje, de estado y de riqueza  
Hizo á todos igual repartimiento;  
Y en singular por ánimo y grandeza  
Podeis tener del mundo el regimiento,  
Que este precioso don no agradecido  
Nos ha al presente término traído.

»En la virtud de vuestro brazo espero  
Que puede en breve tiempo remediarse;  
Mas ha de haber un capitán primero,  
Que todos por él quieran gobernarse:  
Este será quien mas un gran madero  
Sustentare en el hombro sin pararse;  
Y pues que sois iguales en la suerte,  
Procure cada cual ser el mas fuerte.»

Ningun hombre dejó de estar atento  
Oyendo del anciano las razones,  
Y puesto ya silencio al parlamento  
Hubo entre ellos diversas opiniones:  
Al fin, de general consentimiento,  
Siguiendo las mejores intenciones,  
Por todos los caciques acordado  
Lo propuesto del viejo fué aceptado.

Podria de alguno ser aquí una cosa  
Que parece sin término notada;  
Y es, que en una provincia poderosa,  
En la milicia tanto ejercitada,  
De leyes y ordenanzas abundosa,  
No hubiese una cabeza señalada  
A quien tocase el mando y regimiento,  
Sin allegar á tanto rompimiento.

Respondo á esto, que nunca sin caudillo  
La tierra estuvo, electo del senado,  
Que, como dije, en Penco el Ainavillo  
Fué por nuestra nación desbaratado;  
Y viniendo de paz en un castillo  
Se dice, aunque no es cierto, que un bocado  
Le dieron de veneno en la comida,  
Donde acabó su cargo con la vida.

Pues el madero súbito traído,  
No me atrevo á decir lo que pesaba,  
Era un macizo libano fornido  
Que con dificultad se rodeaba:  
Paicabi le aferró menos sufrido,  
Y en los valientes hombros le afirmaba,  
Seis horas lo sostuvo aquel membrudo,  
Pero llegar á siete jamás pudo.

TOMO I

Cayocupil al tronco aguija presto,  
De ser el mas valiente confiado,  
Y encima de los altos hombros puesto  
Lo deja á las cinco horas de cansado.  
Gualemo lo probó, joven dispuesto,  
Mas no pasó de allí; y esto acabado,  
Angol el grueso leño tomó luego,  
Duró seis horas largas en el juego.

Purén tras él lo trujo medio día,  
Y el esforzado Ongolmo mas de medio,  
Y cuatro horas y media Lebopia,  
Que de sufrirle mas no hubo remedio:  
Lemolemo siete horas le traía,  
El cual jamás en todo este comedio  
Dejó de andar acá y allá saltando  
Hasta que ya el vigor le fué faltando.

Elicura á la prueba se previene,  
Y en sustentar el libano trabaja,  
A nueve horas dejarle le conviene,  
Que no pudiera mas, si fuera paja;  
Tucapelo catorce lo sostiene,  
Encareciendo todos la ventaja;  
Pero en esto Lincoya apercebido  
Mudó en un gran silencio aquel ruido:

De los hombros el manto derribando  
Las terribles espaldas descubria,  
Y el duro y grave leño levantando  
Sobre el fornido asiento le ponía:  
Corre lijero aquí y allí mostrando  
Que poco aquella carga le impedia;  
Era de sol á sol el día pasado,  
Y el peso sustentaba aun no cansado.

Venia aprisa la noche aborrecida  
Por la ausencia del sol; pero Diana  
Les daba claridad con su salida,  
Mostrándose á tal tiempo mas lozana;  
Lincoya con la carga no convida,  
Aunque ya despuntaba la mañana,  
Hasta que llegó el sol al medio cielo,  
Que dió con ella entonces en el suelo.